

Aunque solo igual

Si reflexionáramos más sobre la guerra y la muerte, igual la deriva tan terrible que está tomando el mundo sería diferente, si bien en ocasiones ni siquiera esto es suficiente para cambiar las cosas

Narok Ibarburu Ruiz, estudiante de primero de Periodismo en la EHU

Ayer me desperté por la mañana y miré por la ventana: un nuevo día comenzaba. Desde el horizonte la cálida luz matutina conseguía, aunque todavía muy vagamente, alcanzarme. Yo, desde la atalaya de mi habitación, disfrutaba de lo que es una mañana tranquila a las puertas de la ansiada primavera. La luz penetra y nosotros la recibimos. Yo la recibí con ganas, como el dulce augurio de que el día me iba a traer sorpresas mágicas.

Fui a hacerme el desayuno; la cafetera italiana que tengo guardada en mi armario aguardaba este momento de la rutina diaria en el que la utilizo para hacer mi café. Nunca puede fallar. Es un quehacer fundamental sin el que mis mañanas no tienen prácticamente sentido alguno. Luces apagadas: que el joven, débil y tempranero sol sea quien me alumbre, pensé. Es una forma de que la calma se quede en mi habitación, que nada perturbe este oasis de libertad.

Tras asearme, procedí a salir a las concurridas calles de Bilbao. A las ocho de la mañana, la gente se mueve para ir al trabajo, para ir al colegio, para ir al médico o, como yo, para ir a la universidad. El frescor de la calle combina con el imperio del sol. Su áurea naturaleza baña de vitalidad la ciudad y a su gente. Nadie escapa de sus doradas garras. Nadie puede ir más allá de donde el sol gobierna. Nadie.

Si bien el autobús en el que viajé estaba lleno, yo me senté atrás, en un profundo estado de calma. Nada parecía perturbarme, todo era ajeno a mí. En mis auriculares sonaba el Jazz Suite No. 2: VI. Waltz II de Dimitri D. Shostakóvich. El ritmo de la música perpetuaba mi estabilidad, mi emancipación de la realidad. Todo era del color de la esperanza en la antesala de la primavera; las verdes praderas eran reflejo de ello.

Pero cogí el móvil y entré en los diarios a los que suelo acceder regularmente para informarme de lo que sucede. Y no. El mundo está lejos de ser algo armónico y bello como este día que solo comenzaba, o como la música del bueno de Shostakóvich. La vida en gran parte del globo es antagónica a la que yo vivo en esta isla en medio del océano, a esta divina y cómoda isla en la que no tengo que preocuparme por bombardeos ni por matanzas. Si no abriese los medios y mirase las noticias, parecería que la gente no se mata entre sí con asiduidad, diariamente, cada hora, cada minuto, cada rato. Oriente Medio es un reflejo de esa brutal inestabilidad de la que somos cada día testigos desde la comfortable Europa occidental.

En el tiempo que tengo antes de comenzar mis clases, estuve leyendo un artículo que firmaron Antonio Pita y Trinidad Deiros Bronte para 'El País'. En él se narra la historia de una familia que fue acribillada a balazos en su coche por militares israelíes cuando volvían a su casa en el pueblo de Tammun, en el territorio ocupado de Cisjordania. Sus asesinos, afirma uno de los dos niños que sobrevivieron al inhumano ataque, lo sacaron del vehículo agarrándolo, antes de pegarle y burlarse de él. Asimismo, añade que, cuando este pidió ir a orinar, los homicidas abrieron las puertas del coche y le hicieron pasar por este para que viera otra vez los cadáveres de sus padres y hermanos (Ali, el

padre, de 37 años; Waad, la madre, de 35 años; Mohamed, uno de los hermanos, de 5 años, y Otmán, el otro hermano, de 6 años, con necesidades especiales y casi ciego).

Estos dos niños se han quedado huérfanos. Han visto cómo mataban a sus padres y hermanos. No hay adjetivos en el diccionario para reflejar lo que deben sentir, no los hay.

Yo me fui indignado a clase. El eco de la guerra y sus consecuencias retumbaron en mi conciencia. Es una mierda tener que vivir así, es una mierda tener que estar bajo la constante amenaza de muerte. La guerra es, en definitiva, una mierda. Mientras tanto, Trump insiste en seguir en todo lo que hace a Netanyahu, las contiendas bélicas en el mundo continúan y las personas son asesinadas día tras día. Sin cesar.

A veces me pregunto por qué tanta maldad. Por qué matar a una familia así, sin miramientos. Por qué destrozarse la vida de una persona para siempre. Por qué humillarla. Por qué. Y la verdad es que no lo sé, no llego a comprenderlo.

Tras pensar en ello, reflexionar, lo que sí sé es que mi vida es demasiado cómoda en comparación con la de otros, que el mundo es muy desigual e injusto, que los homicidios como el anterior mencionado deshumanizan a sociedades enteras, que las guerras son lo peor, que todo ello siembra odio y repulsa y que, en última instancia, eso lleva a los conflictos a que continúen, perennemente. Si fuéramos conscientes de ello más a menudo, igual todo sería diferente. Aunque solo igual.